

Realidad y fantasía en torno a la Profesión Médica

DESDE Hipócrates hasta nuestros días, se ha tejido toda clase de alucinantes temas y mitos en relación con la actividad profesional del médico. La fantasía ha jugado un papel preponderante en la conciencia pública. Y se ha creído ver en "el doctor" a un hombre que olvidándose de sí mismo, y de los suyos, debe entregarse sin pensar, a la cura de cuerpos y almas. Algo así como un mártir, mucho más que un apóstol —de la medicina.

El cirujano escrutando y operando el cuerpo humano, el anestesiólogo quitando el dolor y cuidando la vida durante el acto operatorio, el internista, escudriñando órganos y sistemas; el psiquiatra, en busca de una aclaración a esos misterios de la mente y por último los médicos generales, los pediatras y obstetras, sacrificando todas sus horas, sus deberes familiares, su descanso, su salud y su propia vida, a pesar de esto, no se les perdona que estén fatigados, que no hayan dormido, que estén tristes o preocupados, se les exige que sirvan inmediatamente y con eficacia.

La preocupación del médico es curar a sus enfermos sin distinción de situaciones económicas, de ciencia o poder; siente el dolor humano en su propio cuerpo, pero por confundirlo con semi Dios e ignorando las limitaciones que la medicina tiene, se le exige que cure lo que no siempre puede curarse y si fracasa, se le pierde la confianza, estando expuesto al desprecio y a la indiferencia de familiares y enfermos, no se le tienen en cuenta cien éxitos pero sí se le reprocha un fracaso.

El médico es el ser que ha escalado las cumbres del prestigio humano, pero que también ha conocido la amargura y el desprecio de la ingratitud, de la incomprensión y del olvido.

El médico sufre mientras otros gozan, trabaja mientras otros duermen, y para mantener al día sus conocimientos estudia mientras otros se divierten, generalmente, no tiene más obsesión que el alivio de sus enfermos, y en ocasiones ante un final feliz, no reclama siquiera reconocimiento en sentido personal, íntimamente se llena de satisfacción, lo que el Dr. Castañón-Castellanos llama "Las pequeñas grandes satisfacciones del pobre médico".

El pueblo considera al médico como una gente rica, fijándose siempre en la mano que cobra, pero no en la que salva; cuando se le juzga con sátiras despiadadas nada empaña la majestad de su misión.

Pensamos que ha llegado el momento de terminar con toda clase de leyendas, para entrar de plano a la auténtica función de un profesionista médico, el cual, como cualquier ser humano, necesita y requiere del disfrute de todo lo que la vida ofrece, al mismo tiempo que entrega a la colectividad, toda su capacidad y preparación.

Hay que racionalizar la actividad de un profesional; pero fundamentalmente, otorgarle el lugar que social y económicamente le corresponde. Entendiendo que no se trata de crear una clase privilegiada, pero sí, que un médico debe vivir en condiciones de dignidad; poseer una oficina-consultorio, tener una casa limpia y funcional y vestir con el decoro que sus tareas reclaman. Además proveer a sus hijos de una educación conveniente.

La preparación, el estudio y la superación profesional es una preocupación constante y permanente en la mayoría de los médicos, lo cual requiere tiempo y dinero; pero si el "doctor" sigue considerándose como un sujeto que debe entregarlo todo sin obtener nada o "casi nada", jamás habrá buenos profesionistas.

En la actualidad, pocos son los profesionistas, que llegan a hacer una especialidad, que logran hacer una clientela superior y que continúan un perfeccionamiento en centros hospitalarios calificados o al lado de grandes maestros. Hace falta pertenecer a ciertas élites sociales.

Establecimientos lujosos, funcionales, no significa la solución al problema de la salud —en sí— y mucho menos seguridad en el destino de los pacientes o enfermos. Lo que se precisa junto con estos edificios son médicos bien remunerados, obligados por lo mismo a prepararse y entregarse por entero, a la actividad que se les ha señalado. Médicos que tengan posibilidades de hacer estudios continuados, conocimientos de nuevas técnicas, facilidades para la investigación y experiencias en establecimientos superiores del país o del extranjero.

Se da por descontado que el médico realiza, desde el punto de vista ético, una labor que va siempre más allá del cumplimiento estricto del deber. Y que su tarea supera, en muchos aspectos, a la que practican otros profesionales, puesto que están en juego no sólo los aspectos inherentes a la salud del individuo, sino la existencia misma. Tremenda responsabilidad es la de tener en sus manos, en sus decisiones y en sus actuaciones, la vida y la muerte. Sin embargo, tal hecho parece no ser tomado en cuenta debidamente. Y a los profesionistas de la medicina se les quiere exigir en ocasiones, imposibles. No se les otorga la debida importancia, tratándoseles en algunos hospitales como empleados de baja categoría.

El concepto de apostolado, adjetivo que se le ha querido conferir al ejercicio de la medicina, en sentido personal, es una actitud anacrónica, arcaica, que no marcha de acuerdo con la época actual. *Porque el colectivismo, el sentido fraterno e incluso la socialización de la medicina, le otorgan, en esta época, el valor que corresponde a tal actividad. Cumplimiento estricto de los deberes, primero, para poner en el desarrollo de la profesión un elevado concepto ético y un sacrificio poco común. Pero de cada médico no se puede crear un héroe o un ser divino capaz de realizar milagros, o un misionero que entrega la vida a cambio de nada.*

A medida que la ciencia y la investigación avancen, habrá nuevas y mejores posibilidades para asistir debidamente a las personas enfermas. Pero aquí está ocurriendo un fenómeno de tipo paradójico, puesto que los avances técnicos, científicos y de todo orden caminan en progresión geométrica, mientras que al médico, en sí, como profesional y como hombre, se le niegan una serie de posibilidades que podrían contribuir notablemente al mejor desempeño de sus funciones.

Por lo ya expuesto insistimos en que ha llegado el momento en que al médico deberá dársele un trato como profesionista, respetarlo como persona, ayudarlo en su preparación continuada, con la programación de cursos, no onerosos, abiertos a todos, pertenezcan o no a Instituciones, facilitarle medios de movilización y algunas consideraciones especiales, dada sus importantes y fundamentales actividades en pro de la vida humana, además de una adecuada legislación que a la vez que le exija preparación y responsabilidad, le permita jornadas de trabajo prudentes, horarios adecuados, tiempo para su perfeccionamiento y para la profundidad de sus investigaciones. En los últimos años se ha hecho bastante para mejorar al médico, pero no es lo suficiente, debe aceptarse que, el médico de hoy es un humanista, no un apóstol. Posee un elevado concepto del sacrificio, de la bondad, de la ternura, de la abnegación y de la responsabilidad. Pero en ocasiones no es correspondido. Miles de médicos vegetan en lugares inhóspitos, abandonados a sus propias fuerzas, imposibilitados para tomar cursos de actualización, olvidados por quienes debieran preocuparse por ayudarlos y víctimas de los que una vez en el pináculo de la fama olvidan que esta actividad, la del profesionista médico, es la que contribuye a crear una raza sana y fuerte, base del progreso de un país.

DR. ARTURO GARCÍA HERRERA